

bre tan discutido, ha acabado por decirnos con los hechos: «No seáis tontos... ¿qué hallásteis superior en Europa, que hallásteis más barato, que hallásteis más desinteresado, más ingenuo y, sobre todo, *más nuestro?*»

Es claro que Meneses es un gran artista. Es claro que por eso se le ha visto huraño con tanta frecuencia, soberbio, casi orgulloso, buscando un refugio en los folios de las partituras beethovenianas, esquivando la estulticia humana, que es muy dada á acosar y escarnecer á los hombres excepcionales....

¡Pobre hombre!—dan ganas de decir—lo que ha tenido que luchar con nosotros, con sus músicos y consigo mismo.

Esto no lo comprende el público, no lo comprende ni lo ve, pero esto, *que no sueña* en la orquesta, constituye el mayor mérito del maestro de la calle de la Magnolia. Los que hemos presenciado los ensayos de orquesta, de orquesta y coros, no nos explicamos la resistencia admirable de este «manejo de nervios», que empuña la batuta, golpea la partitura, pateo energicamente en su tribuna, se pone encarnado, grita y acaba por desesperarse.... ¡Cuánta energía caída en el abismo sin fondo de la ingratitud y la indiferencia teatral!

¿Indiferencia? No. No tanta. Que el público ya va, y va bastante. No crean ustedes; en ninguna parte va más; en ninguna parte es mejor. ¡Dejemos esas tonterías de ver malo todo lo nuestro; el público es bueno; la orquesta es buena; la dirección es buena. La dirección, sobre su mérito de dirección musical, tiene otro: su mérito de dirección psíquica: Meneses ha conseguido mantener en su orquesta la armonía de los seres, que es más difícil de obtener que la armonía de los acordes.... Lo más peligroso en una institución filarmónica es la desintegración. Los músicos son muy poco dados á la armonía profesional, de conjunto, pero no de conjunto instrumental, sino de conjunto individual... ¿Verdad?...

Nosotros hablamos de estas cosas porque no las ha dicho nadie, y porque nos parece justo, antes de hablar de música, hablar de los músicos, dar unos cuantos cortes histológicos á la orquesta del Conservatorio y á su director.

Muchas veces, cuando veo al maestro

Meneses bajar por las Calles de Guerrero profundamente ensimismado, caminando firme, resuelto, y noto que alguna criada torpe se interpone á su paso, me vuelvo, lo sigo con la vista, y me digo: Tropiezos. Eso son tropiezos, maestro. La vida del arte, como la vida de la vida, están llenas de tropiezos. Donde no hay envidia y maledicencia, hay piedras, hay transeuntes torpes.

¡Cualquiera diría que ese hombre preocupado se preocupa solamente por nosotros, vive para nosotros, se pasa los años metido en el alma de Borodine, Debussy, Charpentier, Dworak, Rieni, Wagner... para venir á decirnos, al cabo del tiempo: aquí os traigo esto, burgueses frívolos....!

Precisamente este año nos presentó el maestro Meneses una pasmosa serie de novedades musicales, de las que, ¡señores míos! hay muchas que todavía no se conocen en algunas capitales de Europa. Los conciertos de piano y orquesta de Tchaikovsky, la música bucólica de Borodine y las filigranas de Debussy, son producciones casi inabordables, que es una verdadera fortuna que conozcamos.

Y pensar que para todo esto tenemos un Ogazón, un Carlos Lozano, un Valdés Fraga, un Rocabruna, un Aguirre, una Rita Villa, una Sofía Camacho, una Consuelo Escobar... una... ¡quién pudiera seguir citando nombres!

Después de todo, es una *canallada* de la Crónica el olvidar los nombres de los colaboradores del maestro Meneses. Todavía queda por delante mucha temporada. Todavía tiene guardado el maestro Meneses, bajo los airosos rizos de su melena de semi-dió, muchas misteriosas melodías nuevas que vienen de Escandinavia, del Imperio del Czar, de la patria de Chopín, de la Hungría trémula, de la Germania profunda.

Hugo dijo que los alemanes, no pudiendo expresar sus ideas y anhelos de libertad por medio de la palabra, porque los persigue la policía, las expresan por medio de la música. Según el viejo sublime de la barba de rosas de nieve, una sinfonía de Beethoven puede ser un vibrante discurso cívico, un quejido de una alma girondina que protesta contra la opresión de un trono. Esto nos hace